

# EDITORIAL

## VIDA PRIVADA Y PROYECTOS PUBLICOS

1. **NO PODRIA** negarse la decadencia de Occidente, aunque algunos lo hagan sirviéndose para ello del manido argumento consistente en descalificar como pesimista al fedatario de dicha decadencia.

Pero el Occidente ha iniciado su decadencia con la destrucción de aquello que había configurado su esplendor: El reino de lo público, cuya apoteosis es el Estado, la **res publica**, esa cosa pública tan desacreditada a la que van a parar quienes carecen de talento para otras cosas (los funcionarios públicos) o los que no pueden ir a otros lugares, por ejemplo a la vía pública, a los urinarios públicos o a los transportes públicos. Diríase, pues, que el Estado es aquella entidad cuya sola definición mueve al repudio, y cuyo principio arquimédeo al decir de Aurelio Romero rezaría así: Todo asunto sumergido en un negociado ofrece una dificultad equivalente al volumen de papeles que desaloja. Los españoles, a diferencia de los europeos restantes, no tienen confianza alguna en su Administración ni en sus administradores, ni en sus administrativos.

Esto no impide sin embargo que todo el mundo quiera convertirse en funcionario público para evitar sobresaltos, cosa que quizá consiga en los próximos años cuando haya cubierto el cupo exigido por el Mercado Común. El español que obtiene un número de registro como funcionario público no exulta en modo alguno de alegría por saberse servidor de lo universal, sino que firma un seguro de vida a todo riesgo, al menos mientras el Estado no quiebre: Quiere ser funcionario como Góngora canónigo.

Por otra parte, aunque el ciudadano es hipercrítico con sus públicos muñidores, tampoco confía en sí mismo, pidiendo a papá Estado que vele por él; comportándose, pues, como un niño pequeño, rechaza a los padres pero se refugia en ellos. Estadísticas de 1987 cantan:

	<b>España</b> (1986)	<b>Francia</b> (1985)	<b>USA</b> (1985)
<i>"El Estado es responsable de los ciudadanos y debe ocuparse de las personas con problemas"</i>	58%	44%	26%
<i>"Los ciudadanos son responsables de su propio bienestar, así como de la solución de sus propios problemas"</i>	25%	49%	74%
<i>"No saben, no contestan"</i>	17%	7%	0%

2. Es lo común en cualquier tiempo que cuando la cosa pública se deteriora, el pueblo busca la intimidad; no teniendo recursos institucionales de que fiarse procura irse a casa. Los momentos de decadencia no son los más bonancibles en orden a la reconstrucción ilusionada de la vida común, y es precisamente en ellos cuando cada cual magnifica su intimidad y canta las excelencias del propio invento.

Sin embargo todo eso no significa entusiasmo respecto de las comunidades grupales, amicales o familiares, pues la tendencia es la de adelgazar cada vez más las dimensiones del común, tendencia que acreditan hoy los berlineses, la mitad de los cuales vive en solitario toda vez que el otro le resulta reluctante. Parece, pues, que cuanto más se enarbola la bandera de la individualidad, tanto más se agudiza el acoso y derribo del valor del prójimo, el cual deja de ser el semejante para convertirse en otro, en uno más entre los demás que cada vez están más de más. Aquí toda ciencia deviene mateotecnica, saber vano, futil y fantástico.

No se espere tampoco del decepcionado de lo comunitario una entrega compensatoria a lo más íntimo, pues más bien suele ocurrir lo contrario, que la anterior decepción prepara la siguiente, pues no basta un desánimo para generar animación; si usted es de los que defraudan sistemáticamente a Hacienda, también será de los que roban sin ser vistos en su trabajo, y engañan sin ser notados a sus mujeres, incluso a las mujeres de sus amigos. No solamente se es infiel a Hacienda, sino también a Purita; es más fácil llevar la contabilidad moral con fraude generalizado que una doble contabilidad buena en un sitio y mala en otro. Es experiencia del cojo la de someter a cojera a entrambas piernas, la mala a la buena y la buena a la mala.

Por todo ello lo propio de una vida privada a ultranza suele ser la hipocresía, en la medida en que siendo cada vez más estrecho el campo privado al final solamente queda la preocupación solipsista por el propio ego, lo cual —sea dicho de paso aprovechando la gramática sucinta de la lengua griega que tantos beneficios nos reporta— produce tanto ilusión de monónfalo (o de

ombligo único), como ilusión de egofonía o de voz única. La soledad a ultranza es mala consejera, a pesar de valedores como Nietzsche o Schopenhauer. La gran soledad está siempre bien acompañada.

Así las cosas la vida privada vendría a dar respuesta a la cuestión: “¿cuál es su neurosis?”. Y el remedio consistiría en alimentar la neurosis del yoísmo al precio que fuere: Retorno de los brujos, primacía de los recetarios de la abuelita, recuperación de los viejos politeísmos, recomendación de ungüentos varios, saldo de los gozos para recuperar el tiempo perdido, más vale reventar antes de que sobre —filosofía del pobre.

**Privado** entonces resulta aquello que es capaz de dar razón plena de la doble condición etimológica de la palabra: Por una parte lo que gusta mucho y se busca con ahínco, y por otra parte lo que no se tiene, aquello de lo que se carece. En este contexto, que es el de desear mucho cuanto más se carece, no es posible la poesía pues, como dice E. E. Cummings, “para hacer poesía es necesario tener la cabeza fría, y otro órgano, el que sea, caliente”. Quizá por eso mismo interese menos llegar a ser poeta que convertirse uno mismo en poema, es decir, lucir la moda, enseñar el músculo, subastarse en la pasarela.

En fin, que la **privacy** que tal se viste resulta ser a la postre cualquier cosa menos algo del otro mundo, a juzgar por la uniformidad de todos y la comunidad de movida, más o menos lo de siempre, “salud, dinero y bellotas” ahora que el amor queda frenado por miedo al contagio para que “sólo nos quede la comida”. Si ves a alguien que te invita a cenar lo que él mismo cocinó, o a tomar ese té riquísimo con estas pastas bioenergéticas que él mismo amasó, o a degustar aquel tomate sobre el cual virtió él mismo su propio abono, todo ello **in the most natural way**, ese es un moderno pis o un moderno pos; ¡ánimo!, que la privacia continúa con su mester de subdiaconado.

De todo lo cual podría colegirse al menos esto: De eso, de **esa** vida privada: **No, gracias. La vida privada** no debe regirse nunca por el marchamo que **esas** vidas privadas al uso quieren imprimir, hay vidas privadas que degradan, lo mismo que hay sectores públicos que ensucian. Hay vidas privadas que no pueden servir de modelo, antes al contrario contaminan y deben ser denunciadas por infectocontagiosas, suicidas o degradantes: No todo el monte es orégano.

Resumiendo: La vida privada montada contra la comunidad de vidas privadas es una vida privada de vida privada por cuanto en ella falta la **lex communis**, el vínculo **natural** de cada hombre con todos los otros, vínculo que se refuerza y cuya ausencia resalta tanto más cuanto más se produce su quiebra.

3. Con todo lo anterior no quisiéramos en modo alguno dar la impresión de que rechazamos el ámbito de lo íntimo, el espacio de lo reservado. Mal les va a quienes no son mínimamente capaces de guardar algún secreto ante el mundo,

o necesitan compulsivamente el aplauso ajeno para dar con la identidad buscada. Así como un gran número de hombres pasa su vida sin conocer una sola comunión verdadera, así también —decía Mounier— “ciertos enfermos con un psiquismo empobrecido se quejan de no saber crear la intimidad que necesitan. No confieren a sus experiencias la dimensión profunda que les daría esta resonancia inimitable”.

Añadamos que un ser que exclusivamente se mueve con soltura cuando se halla inmerso en el ritmo laboral o en el tráfigo callejero sin saber qué hacer con su “hombre interior” no es un hombre libre ni puede presumir de “tiempo libre”, toda vez que éste nace de aquél. Y no parece demasiado fácil, a juzgar por lo que vamos viendo, liberar el yo cuando se fomenta la dependencia gregaria en todo y bajo cualquier aspecto, dependencia que el Estado se encarga de acrecentar y reproducir con la voracidad de un cáncer en su fase de metástasis, con el siempre sorprendente efecto de que el enfermo afectado no se da cuenta del mal que le roe las entrañas, pues siempre hay un televisor a mano para apagar o acallar la sospecha de eso que denominaban los clásicos “la voz de la conciencia”. Todo se resuelve dando más voz al televisor, encargado de tapar y acallar otras voces endógenas. Y no se diga que de esta piedra no habrá tirado el prójimo y uno mismo con alguna frecuencia en el circo estatal tan presto a metamorfosis.

Hay que reconocer, Galión hermano, que no sabemos divertirnos; que la gente se aburre; que las usuales “guías del ocio” te llevan al matadero del negocio a tanto la página de anuncios. Nos cuesta un riñón sobrevivir portando alto el rostro de la identidad, todo lo más llevamos el carnet de identidad en la boca para que reconozcan nuestras huellas después de la tragedia.

Contra la cual situación y estado del Estado menester es ya con la urgencia de que seamos capaces, adentrarnos más que nunca en el huerto de lo privado, más cubierto de niebla y torpor de cuanto intentan vocear los amigos del “sálvese quien pueda”. Desde el tanteo y la densidad de lo ignoto, de lo que nunca supimos reconocer, de lo que incluso habíamos despreciado o menospreciado o depreciado. Contra el despilfarro del yo descorchado que explotó hacia fuera y que perdió sus burbujas, urge recuperar el gas que nace de dentro y produce energía para el encuentro. Defendamos en buena hora el derecho a esa ignota ínsula de la intimidad, el gozo profundo de los gozos, la hermosura de lo pequeño, la plenitud de lo efímero, la gratitud del silencio o del canto o de la lectura o de la tertulia o del hobby creativo como disenso activo frente a los poderes exteriores, la vida privada como disidencia respecto del tópico, el **disido ergo sum**.

Y a la par no fíemos demasiado en este nuevo estallido, pues también sus miserias las tiene quien pasa su vida en pijama, desgredado o maloliente por aquello del “como no han de verme no me lavo”. La infelicidad acecha en cualquier frente, y la plétora de existencia colmada no adviene al que se deja parasitar por las pulgas alegando hacer lo que quiere con su espacio y su

tiempo, los cuales no por míos dejan de ser formas a priori de la sensibilidad y condición de creatividad imaginativa.

Queremos con todo esto decir que el disenso no puede entenderse nunca como "vicio solitario", como tampoco el consenso se convierte siempre en virtud colectiva sin mezcla de podredumbre alguna. Ojo con las siempre activas perversiones maniqueas: Lo quiera o no el amigo de lo privado, esto es a la vez público, tiene el marchamo de la exotropía y el valor fundante de la comunicación. El imperio de la privanza no puede a la postre configurarse ni existir cuando se está privado de derecho, ni el derecho privado de moral. Privacidad dice también derecho al derecho de tenerla, es decir, exige una nueva moral de lo privado que evite el verse privado de moral.

En el imprescindible equilibrio que el hombre mantiene entre el hombre exterior y el hombre interior "no comienzo —aseguraba Mounier— a ser una persona más que el día en que me doy a los valores que me sacan fuera de mí... No se realiza como comunidad más que el día en que cada una de las personas particulares se ocupa de sacar a cada uno de los otros más allá de sí hacia los valores singulares de su vocación propia y se eleva con cada una de ellas". Y es que "los dos movimientos de expansión y de interiorización son las dos pulsiones indisolubles de la vida personal, toda exclusión de la una o la otra introduce un desequilibrio en los individuos y en las colectividades".

4. Por último quisiéramos añadir algo relativo a la dimensión pública (y por lo tanto política) de lo privado. A pesar de lo dicho no nos parece razonable hacer de lo privado el único ámbito de resistencia frente al avasallamiento de las instituciones. Se observa una tendencia creciente, que no compartimos, antes al contrario, juzgamos reaccionaria, a maximalizar lo privado para convertirlo a la vez en castillo medieval con murallas, fosos, puentes levadizos, y ventanas saeteras para emprenderla a arcabuzazos con cuanto se reputa agresión desde la ajenidad. Esta retracción a la Edad Media ¿qué se propone? Se propone abandonar cualquier dimensión institucional, cualquier espacio político establecido donde el diálogo pudiera también construirse, para moverse desde la periferia, desde lo desinstitucionalizado, desde lo inestable, desde las plataformas móviles siempre en vías de construcción-deconstrucción.

Sin entrar aquí a una crítica del carácter institucional de estas supuestas organizaciones periféricas (donde siempre mandan los mismos y además no puede haber la protesta, ¿a quién reclamar?) nos parece nuevamente maniqueo reputar podrido el parlamento, y parlamentar fuera de él sin impureza alguna. El que quiera crear instituciones más puras habrá de trabajar desde ellas aunque sea contra ellas. O dejar que todo se venga abajo vía catastrofismo, esperando que el "cuanto peor mejor" llegue a dar frutos de bondad. Mal camino siempre ése, especialmente costoso para los más pobres, que siempre pagan el pato.

Y si hemos criticado el abandonismo, más criticable aún nos parece la moda neorromántica de quienes creen (en su imaginación, claro) que ser crítico y

separarse de lo establecido consiste en dar a lo privado apariencia de resistencia esperando que de las vidas privadas salga por sumatorio de todas ellas una vida pública. El neoindividualismo confía en que por la fuerza del ejemplo y del contagio boca a boca llegará el desmoronamiento de Babilonia, toda vez que fue abatido a clarinetazos el Egipto del tirano.

Tales actitudes son infantiles fantasías de omnipotencia con algunas gotas de lirismo vanguardista que el poder tolera muy bien y hasta ve con buenos ojos, sobre todo cuando observa que las "actitudes protestatarias y apolíticas" no tienden a la justicia sino que buscan el consumo, no quieren la fraternidad sino que desean la libertad, no anhelan la igualdad sino que se afanan por la abundancia. De ahí el carácter retrogradante y "occidental", nórdico, de tantas protestas al uso y del cacareado blablablá de las revolucioncillas al uso.

No, no es eso. Quien defiende lo privado defiende en ello y desde ello el carácter renovador y si se quiere revolucionario de lo privado en cuanto que privado-público. El asunto está en **saber reconstruir el instante para ganar la historia**, y no para perderse en el aquí ahora. Nadie mínimamente consciente podrá aspirar a rechazar lo público desde una privacidad apolítica o sin dimensión ciudadana, para cuadratura del círculo. Por eso **la gran tarea de nuestros días es hallar una sociedad a la vez personalista y comunitaria**, que sin perder nada del carácter fundante del sujeto, **cuando diga yo diga asimismo nosotros**. Hallar una ontología relacional de la comunicación, comunicando no sólo palabras sino también gestos, no sólo gestos sino a la vez hechos, es quizá la tarea de la que la actual vida privada nos priva.

Urge, en fin, la reconstrucción de la **racionalidad dialógica** como vocación del solitario en altura, y la potenciación de mis soledades acompañadas. En un mundo con autopistas importantes sólo tenemos algunas pistas forestales de madera. En un mundo tan cargado de ruidos apenas quedan oyentes de la palabra. En mundos plétóricos de artefactos apenas hay ya moradas para el ser. Reconstruyamos por tanto las pistas del canto y los sonidos del silencio.

Aquí, lector amigo, van algunos análisis y reflexiones sobre este cúmulo de problemas que se resume en el binomio que titula a este **Acontecimiento**. Dos trabajos tratan de reflejar en primer término la actual realidad social de la vivencia de lo privado. Emilio Andreu realiza la descripción de lo que al propósito se proyecta en la prensa escrita. El segundo artículo se introduce más en los fondos sociales y económicos de nuestro mundo en el que tal experiencia de lo público y lo privado se da. F. Urbina ha hecho un esfuerzo personal grande, en medio de serias dificultades, para responder a nuestra petición de desarrollar uno de los problemas planteados en este número. Motivo de más para agradecer su contribución, que, como se verá, se decanta críticamente sobre el planteamiento que la Redacción de **Acontecimiento** le sugería. Las críticas formuladas, que acogemos amigablemente y con el respeto que su autor nos inspiró, no han parecido del todo convincentes en esta Redacción — **lo político**

parece por lo menos co-determinante y **los políticos** por lo menos co-responsables— mas el lector sabrá.

Dos trabajos se sitúan en línea más propositiva. Agustín Domingo desarrolla los cánones de una felicidad genuina y J. M. Jiménez Ruiz cierra la sección de **Estudios** con una recapitulación sobre la conjugación de los términos individuo-existencia común.

Agradecemos a Leopoldo de Luis, no vinculado al Instituto, las páginas que escribió para **Testimonio** así como los poemas —inéditos, como siempre, con una excepción, han aparecido en la Revista— que nos ha entregado.